

no aplica á este punto otro principio que el que tiene establecido en general, á saber, la responsabilidad que el hombre por sus actos *libres* tiene á los ojos de Dios.

6.º Cuando no exista culpa en la infidelidad, por ser involuntaria, cuando por otra parte el infiel no se haya hecho reo de pecado grave á los ojos de Dios, entonces la fe católica no dice que el infiel será entregado á las penas del infierno. De qué manera obrará Dios en semejante caso, permite que los teólogos lo conjeturen; pero ella se abstiene de decirlo.

Meditad sobre esta doctrina, y ved si algo se encuentra en ella que no pueda sufrir el examen de la sana razón.— *J. B.*

---

(Número de la Revista correspondiente  
á 15 de Mayo de 1843.)

## ALIANZAS DE ESPAÑA.

---

### ARTÍCULO 1.º

#### ALIANZA CON LA INGLATERRA.

Se ha difundido bastante en España la dañosa persuasión de que estamos precisados á tener alianza con la Francia ó con la Inglaterra. De los dos partidos que actualmente se disputan la arena, ninguno está exento de haber contribuido á la propagación y arraigo de tan funesto error; dado que por más protestas que hayan hecho, es claro como la luz del día que uno de ellos se ha inclinado excesivamente á la Gran Bretaña, mientras el otro ha manifestado demasiado sus simpatías en favor de la política francesa. Los términos que empleamos son por cierto los más comedidos que usarse pueden; y hacémoslo de propósito, porque deseando esclarecer la cuestión y no ensañar las pasiones, no queremos, sea cual fuere nuestra opinión sobre este asunto, echar en cara á ninguno de los contendientes la dependencia, el servilismo, el absoluto abandono del honor nacional, de que recíprocamente se acusan. Y cuando esta conducta observamos, no lo hacemos ciertamente para blasonar de una imparcialidad que tenga



por objeto conciliarse la benevolencia de ninguno de los adversarios; nuestras convicciones son conocidas; cuando se trata de decir la verdad sabemos expresarnos sin rodeos, y decirla toda entera. Pero como en la materia que nos ocupa, de la propia suerte que en tantas otras, nos parezca que ambos anduvieron desacertados, necesario se nos hace no ponernos del lado de ninguno de ellos.

La alianza con la Inglaterra está ya desacreditada hasta tal punto, y tiene en contra de sí tan fuerte antipatía en la inmensa mayoría de la nación, que no es necesario esforzar mucho el discurso para convencer y persuadir, que á más de inútil, nos es en extremo perjudicial y peligrosa. A excepción de un número muy reducido de hombres, que por sus principios, antecedentes ó particulares designios, muéstranse decididos sostenedores de la influencia inglesa, la generalidad de España sin excepción de ningún partido, se manifiesta abiertamente contraria de toda alianza con Inglaterra, y propende visiblemente á desconfiar de aquella potencia, aun cuando no se mantengan con ella más que las indispensables relaciones de buena armonía. Y no es difícil descubrir la causa de semejante aversión, puesto que no es menester un profundo conocimiento de la política y de la diplomacia, para ver desde luego lo que puede prometerse la Península de su intimidad con la Gran Bretaña.

Examinando la respectiva posición de las dos naciones, échase de ver que no existe ningún vinculo que pueda mantenerlas unidas, y que todo cuanto en esta materia se intentase, ha de ser por necesidad facticio, y por consiguiente poco duradero. Porque conviene no perder de vista, que la solidez y estabilidad de las alianzas no depende de la voluntad de los gobiernos aliados; entran para mucho los pueblos, y no es posible de ellos desentenderse, si se ha de conseguir algo que ofrezca garantía de buenos resultados.

Aplicando este principio á la alianza de la España con la Inglaterra, notaremos que no existe ninguna de las con-

diciones que en semejantes casos conducen á estrechar y fortificar los lazos que pudieran formar los gobiernos.

En primer lugar, los dos pueblos no sólo hablan idioma muy diferente, sino que también ha faltado entre ellos la comunicación precisa para difundir algún tanto la inteligencia de la lengua respectiva. Esto es no leve obstáculo para la buena amistad de pueblo á pueblo; obstáculo que no existe con la Francia por la propagación de su idioma entre nosotros, originada de la menor dificultad que de suyo presenta, de la mayor frecuencia de relaciones de unos naturales con otros, y muy especialmente del predominio alcanzado en España por la literatura francesa desde que ocupara el trono la descendencia de Luis XIV.

La religión profesada por los españoles es diferente de la que en Inglaterra domina; mediando además la particular circunstancia de las tradiciones poco favorables á la amistad que todavía conservan ambas naciones: no se han olvidado aún los reinados de Felipe II, defensor acérrimo del catolicismo así en España como en el resto de Europa; y el de Isabel, encarnizada perseguidora de la religión católica en sus dominios, que afirmó además la iglesia anglicana, y apoyó el protestantismo en los demás países, cuanto le fué posible.

Las costumbres de las dos naciones no tienen ningún punto de semejanza: al pisar el suelo de la Inglaterra, se conoce, se siente instintivamente esta diferencia profunda. Como quiera que los dos pueblos han vivido en completo apartamiento el uno respecto del otro, no se encuentra ningún punto de contacto ni aproximación; las leyes de los dos países, el sistema de gobierno á que durante largo tiempo vivieron sometidos, la ninguna analogía de su administración, vienen á sancionar esta diferencia que otras causas de suyo harto poderosas tienen establecida, resultando que así se parecen en lo intelectual y en lo moral, ingleses y españoles, como las nebulosas orillas del Táme-sis á las risueñas márgenes del Guadalquivir y del Tajo.

A pesar de tamaños inconvenientes, no se podría lla-



mar temeraria la tentativa de acercar á las dos naciones, fomentando la amistad y fraternidad entre los dos pueblos, y preparando de esta suerte alianzas sólidas y duraderas entre los dos gabinetes, á no mediar otras circunstancias que las hacen de todo punto imposibles.

Nunca, durante la situación actual de las dos naciones, podría ser la alianza de la España con la Inglaterra otra cosa que la sumisión del gabinete de Madrid al gabinete de San James, que el sacrificio de nuestros intereses á los intereses de la Gran Bretaña. Las compensaciones recíprocas no serán otra cosa que velos más ó menos transparentes para cubrir este sacrificio de nuestro bienestar y prosperidad á los intereses de la pretendida amiga.

La razón de lo que se acaba de decir no es difícil de adivinar: existe una verdadera oposición de intereses entre las dos naciones; el progreso de los unos será por necesidad en menoscabo de los otros. No ignoramos las hermosas utopías de la comunidad é identidad de intereses de todas las naciones; nosotros sin negar que hay ciertos puntos generales en que efectivamente esta utilidad se enlaza y hermana, opinamos que hay muchísimos otros en que se hallan necesariamente encontrados; y por tanto siendo indispensable la rivalidad, cada cual debe procurar sacar de su posición el mejor partido posible, promoviendo su conveniencia sin apartarse de la justicia. Tan sencilla es la razón en que se funda la verdad de las observaciones que preceden, como lo es que están en oposición los intereses del vendedor y del comprador, los de dos vendedores que concurren á un mismo mercado, los de dos aspirantes á un mismo empleo, los de dos ambiciones que tienen fija su mirada en un destino en que ambas no pueden tener cabida á un mismo tiempo.

La Inglaterra bajo el aspecto político y mercantil, está en oposición con la España; el aumento y desarrollo de los verdaderos intereses de la una, dañará por indeclinable necesidad los de la otra. Dejemos aparte por un momento los mercantiles, por no repetir lo que mil y mil veces se

ha dicho ya, y miremos la cuestión bajo un punto de vista de mayor extensión y altura, y en que no sea dable sospechar interesadas miras de provincialismo. ¿Conviene á la Gran Bretaña que la nación española se levante de la postración en que yace, que tome aliento y brío para ocupar de nuevo el rango que le corresponde entre las naciones europeas? ¿no es cierto, ciertísimo, que no? Quien lo contrario pretenda, si quiere dar á su opinión tan sólo un débil viso de probabilidad, necesario es que borre del mapa de la Península el importantísimo punto de Gibraltar, en cuyas fortalezas ondea el pabellón británico; necesario es que haga desaparecer del mismo mapa el vecino reino de Portugal, casi reducido á una simple colonia de Inglaterra; menester le será probar, que nada le importan á la Inglaterra tan preciosas joyas, ó que sus hombres de Estado serán tan imbéciles que no prevean el peligro que les amenazaría, desde que la España recobrase su antigua pujanza; menester le será probar que aun dado caso que no se hallara en la misma situación topográfica del país una razón poderosísima para formar de toda la Península una sola nación, no es al menos la influencia española la que por todos títulos debiera prevalecer en Portugal; menester le será probar que un reino que se sintiese con fuerzas bastantes para arrostrar grandes compromisos, no excogitaría todos los medios, no tantearía mil y mil combinaciones, no emplearía cuantos recursos tuviese á la mano, no andaría á caza de favorables coyunturas para apoderarse nuevamente de Gibraltar, echando de la propia casa ese centinela de vista.

Aun cuando no mediaran otras causas que engendrassen oposición de intereses entre ingleses y españoles, las indicadas fueran por cierto poderosas en demasía para producirla fuerte, viva, intransigible. La historia y la experiencia enseñan de consuno, que motivos de muchísimo menos valer ocasionan rivalidades inextinguibles, acarreado á menudo guerras sangrientas. La posesión de una pequeña isla en lugares al parecer insignificantes, la de-



marcación más ó menos escrupulosa de una frontera, una fortaleza colocada en un punto de suyo poco influyente en las operaciones militares, un pedazo de tierra junto á una remotísima ensenada, el mayor ó menor ascendiente en los negocios del gobierno de un país situado á larguísima distancia, cien y cien otras causas menos poderosas, motivan los mayores esfuerzos de la diplomacia, y provocan estrepitosos rompimientos; ¿qué será pues tratándose de la influencia sobre un reino situado en posición ventajosísima para todas las operaciones políticas, militares y mercantiles que se intenten sobre el occidente de Europa, Mediterráneo y costas de África? de un reino, que entre los restos de su pasada grandeza, conserva todavía grupos de preciosas islas, muy bien situados para servir de escala en el tránsito de Europa á América, al África y al Asia? ¿qué será tratándose de un punto como Gibraltar, llave del Mediterráneo, punto de apoyo para operar sobre la Península, el África y el Atlántico? No; la astuta, la previsora Inglaterra no es tan torpe, tan ciega, que no vea lo que es más claro que la luz del día; á saber, que desde el instante que la España volviese á su antiguo esplendor y poderío, desde el instante que el león de Castilla pudiese medir sus fuerzas con el leopardo britano, comenzaría la rivalidad, siguiendo después las hostilidades hasta haber reconquistado lo que la naturaleza misma le está indicando como de su pertenencia. Cuando lord Clarendon y sir Roberto Peel nos están halagando con sus sentidas promesas del deseo que abrigan de nuestra prosperidad, de nuestra dicha, de nuestra libertad é independencia; reflexionemos que los que hablan no son escritores entusiastas, no son poetas de quienes pueda suponerse que se mecen en doradas ilusiones, en sueños cándidos y puros, en galanas utopías por el bien de la humanidad: reflexionemos que son hombres de Estado de la Gran Bretaña, encargados de la defensa y fomento de los intereses de su país, colocados á manera de atalayas para acechar cuanto puede favorecerle ó dañarle: reflexionemos que son hombres que

consagran su vida entera á combinar, á negociar, á intrigar, á maniobrar en pro de la prosperidad, de la grandeza, de la influencia y poderío de su patria; fijemos entonces nuestras miradas sobre Portugal y Gibraltar, y de seguro que sin necesidad de otra consideración, se dispararán en un momento las impresiones agradables que causarnos pudieran las más graves protestas, las más ardientes expresiones de buen afecto y desinteresada amistad.

Si lo dicho hasta aquí basta y sobra para convencer de que la Inglaterra tiene un interés poderoso en que la España no se levante del abatimiento en que yace, existen todavía otras razones que llevan la expresada verdad á una evidencia que no consiente réplicas de ningún género. Hasta ahora nos hemos ceñido á considerar los intereses británicos y españoles con relación á Europa; pero extendiendo nuestras miradas á la América y al Asia, encontraremos no menos graves motivos de incesante rivalidad.

¿Quién podrá persuadirse que sea conveniente á la Inglaterra que la isla de Cuba esté bajo el dominio del gobierno español? ¿Quién no ve que debe de encontrar en esto un obstáculo, un estorbo, que de todos modos le importa remover? Si no le es posible adquirir aquella preciosa colonia por medio de negociaciones ó de un golpe de mano, ¿no sería para ella muy ventajosa la emancipación, que produciendo primero larga serie de desastres y turbulencias, viniese á parar al fin á una independencia precaria, forzada á demandar humildemente el acogerse á la sombra de un alto protectorado? ¿no abriría de esta suerte la Inglaterra un nuevo desahogo para sus sobreabundantes productos? ¿no mejoraría la situación de sus colonias destruyendo la prosperidad de un rival temible? Las tentativas que se están haciendo para arrebatar-nos aquel inestimable tesoro, los tenebrosos manejos que se emplean para provocar una insurrección, cubriéndolos con el hermoso velo del amor de la humanidad, y aparentando un entusiasmo por el bien de sus semejantes que



raya en la demencia, como hemos visto recientemente en el ex-cónsul Turnbull, son la respuesta más decisiva que darse pueda á las indicadas cuestiones; esto revela bien á las claras, cuáles son en las Antillas los intereses de España y cuáles los de Inglaterra.

Volviendo al Oriente nuestros ojos, nos encontramos con el pabellón de la Gran Bretaña flotando victorioso en los puertos de la China, y descubrimos vivo movimiento de sus diplomáticos y de sus emisarios para aprovechar lo que tan felizmente ha comenzado la suerte de las armas, y explotar las riquezas de aquellos inmensos países, cerrados hasta el presente á la ambición y codicia de los europeos. Un ancho porvenir extendiéndose en vasto horizonte cuyos límites no alcanza la vista, se abre de par en par á la actividad, al febril ardor de esa gran nación que no cabe en el mundo. Las puertas de hierro que mantuvieran á los innumerables habitantes del Imperio celeste separados del resto del mundo durante treinta siglos, cayeron bajo los cañonazos de la armada inglesa; y los mandarines que creyeran inexpugnables sus baluartes, viéronse obligados á pedir de rodillas la paz, y á pasar á bordo de las vencedoras naves para firmar los tratados que con allivo además les prescribiera el almirante.

El interés de la Gran Bretaña después de tan señalado triunfo, consiste en asegurar por todos los medios posibles esa nueva conquista, continuando las negociaciones, y empleando de nuevo si menester fuere las armas para ir recabando cada día concesiones más ventajosas. Convienele no dejar encomendado á la buena fe de los chinos el cumplimiento de los tratados; y así es probable que discurrirá todos los medios imaginables para estar pronta á todo linaje de complicaciones que puedan ocurrir. Si bien para granjearse el renombre de filantrópica, y adquirir el título que ambiciona de protectora de la causa de la civilización y de la humanidad, aparenta procurar que las ventajas que reporte se extiendan también á los demás pueblos civilizados, esforzándose en acallar de esta suerte

las quejas y murmullos que de todas partes se levantan contra su ambición y codicia; no dejará de cuidar que le quede la mayor parte del pingüe botín, y de vigilar cautelosamente los pasos de cuantas naciones se presenten en la nueva arena. El mismo movimiento europeo que allá en Oriente se promoviere, no se olvidará de explotarlo en provecho de los intereses propios, y mucho será si su diplomacia apoyada en las colosales posesiones de la India y en los ventajosos tratados de la China, no tiende á sus adversarios y rivales nuevas é inextricables redes.

En vista de esta posición de la Gran Bretaña en los países y mares de Oriente, ¿hállanse por ventura sus intereses hermanados con los nuestros? Aun cuando se suponga que no le conviene la posesión de las islas Filipinas, y que prefiere dejarlas en nuestro poder á cargarse con los compromisos de otra colonia, siempre es cierto que no puede serle agradable que la nación que las posee levante demasiado el vuelo convirtiéndose en rival temible.

De la reseña que acabamos de presentar, se deduce con toda evidencia, que la Inglaterra tiene en todas partes sus intereses en oposición con los nuestros; resulta que es un absurdo el suponerle sinceros deseos de nuestra prosperidad, y que por tanto es preciso escuchar con la mayor desconfianza sus protestas de amistad afectuosa, no hacer ningún caso de sus ardientes votos por el fomento y desarrollo de nuestra riqueza, por el aumento de nuestro bienestar, por el restablecimiento de nuestra independencia y poderío. En todas las alianzas que con ella hagamos, llevaremos por necesidad la peor parte; ella poderosa se aprovechará de nuestra debilidad; ella rica se aprovechará de nuestra pobreza; ella codiciosa explotará nuestro suelo todavía virgen; ella previsora y astuta se aprovechará de nuestra imprevisión; ella activa se aprovechará de nuestra negligencia; ella interesada en nuestro abatimiento y postración, procurará envolvernos más y más en la red que nos tiene tendida, y en la que están ya nuestros pies; ella sagaz concedora de nuestro orgu-



llo nacional, disfrazará con brillantes y seductores velos los progresos de su usurpación, como el reptil que con mirada fascinadora va atrayendo á su inflamada boca la cándida avecilla.

Cuando sostenemos los daños que nos traería toda alianza con la Inglaterra, y los peligros que consigo lleva su amistad demasiado íntima, no es nuestro ánimo inducir á que se ponga España en desacuerdo con aquella nación, provocando su enemistad y su odio. Muy al contrario, creemos que semejante conducta sería imprudente en extremo; y hasta nos atrevemos á indicar, que entre las faltas cometidas por el partido moderado en España, haya sido quizás una y no despreciable, el no observar con respecto á Inglaterra una conducta más atinada y previsora. En efecto: si la amistad de aquella gran nación no nos es provechosa, tampoco nos es favorable su enemistad, y así fuera una imprudencia en los hombres que dirigiesen los negocios del país, el darle, por causas livianas, motivos de queja y descontento, y el herir su susceptibilidad, inclinándose á favor de otra nación, que ella ha mirado siempre y mira todavía, cuando no como enemiga, al menos como rival.

Al débil no le es regularmente muy provechosa la alianza con el fuerte, porque acontece casi siempre lo que se significa en la famosa fábula que anda en boca de todo el mundo. Los escasos recursos de que el débil puede disponer, se aprovechan para el logro del objeto; pero cuando se trata del repartimiento de los beneficios obtenidos, cabele al fuerte la parte principal cuando no la totalidad, por la sencilla y convincente razón de que es fuerte. Por más que esto sea de una verdad incontestable, no se sigue que al débil le sea provechoso el excitar contra sí la animadversión del fuerte; la prudencia aconseja la línea de conducta que debe observarse cifrada en dos palabras: ni alianza ni enemistad.

Basta tener una idea del inmenso poderío de la Gran Bretaña para convencerse de cuán imprudente fuera, ni

provocar abiertamente su cólera con atrevidos desmanes, ni irritar su orgullo otorgando á otra potencia cualquiera, no diremos decisiva preponderancia, pero ni aún una predilección demasiado marcada. La Inglaterra tiene á la mano muchos medios de dañarnos; y si bien estamos convencidos que en todo evento los empleará porque así cumple á sus intereses, opinamos no obstante que no es poco lo que pueden contribuir la sagacidad y cordura del gobierno español, en que ni se empleen en tanta abundancia esos medios, ni se active con tanto ahínco su eficacia. Desde el momento que el gabinete de San James se convezna que el de las Tullerías predomina en el de Madrid, y que la política de Luis XIV se ha restablecido abatiendo de nuevo los Pirineos, desde entonces será no sólo nuestro rival, sino nuestro enemigo, tenaz, irreconciliable: pues que su interés y hasta su honor no le permitirán contemplar sin indignación profunda un estado de cosas que tan mal parados los dejara. En tal caso echaría mano de todos los medios imaginables para perturbar nuestra tranquilidad en lo interior, para insurreccionar nuestras colonias, para destruir nuestra industria y comercio, apelando quizás á recursos que en las carteras ministeriales deben de tener apuntados sus hombres de Estado para sacarlos á plaza en último extremo.

¿Qué interés podemos tener nosotros en prestarnos á servir de arena en la lucha de dos poderosos rivales, en entregarnos como un cordero á quien dos fieras que se disputaban la presa matan y descuartizan? Si no nos conviene la alianza de la Inglaterra, ¿podrá sernos útil la de la Francia? ¿será verdad que restableciendo la política de Luis XIV, trabajemos por nuestra dicha, por nuestra prosperidad é independencia? ¿será verdad que ni en el estado normal ni en situaciones extraordinarias, pueda sernos útil el constituirnos en satélites de la política francesa? Mucho lo dudamos; ó mejor diremos, opinamos en sentido muy diverso. Creemos que por muchas razones le importa á la España el no vivir en amistad demasiado íntima



y exclusiva con la Francia; creemos que lejos de sernos provechosa esta línea de conducta podría acarrearlos perjuicios de mucha cuenta; y que fuera lo más á propósito para empeñarnos en una nueva serie de calamitosas consecuencias. Hemos manifestado nuestro pensamiento sobre la alianza inglesa, y por cierto que no la hemos favorecido; pero debemos añadir, que poco falta si con igual aversión no miramos la francesa. También de ésta opinamos, que bienes no puede traérselos; males sí, y de mucha gravedad. El examen de la respectiva situación de las dos naciones, y los escarmentos de la historia y de la experiencia vendrán en confirmación de lo que acabamos de decir.

La demasiada extensión que va tomando este artículo nos impide desenvolver estas indicaciones en el presente número; harémoslo en uno de los inmediatos, con la extensión y detenimiento que reclama la importancia de la materia. — *J. B.*

## LA PRENSA.

La prensa comenzó dando á luz la Biblia, y ha descendido hasta el lenguaje de las verduleras; como la música, la poesía, la pintura nacieron en los templos, y han bajado hasta los burdeles y tabernas. Pero de la propia suerte que los poetas ramplones no desacreditan á Homero, Virgilio y Tasso, que las sonatas de un mal instrumento nada quitan á los acentos de Rossini y de Mozart, y los prodigios de Miguel Angelo y de Rafael nada pierden de su mérito sublime por existir mamarrachos en patios y esquinas; tampoco debe caer en desprecio la prensa porque algunos la hayan desacreditado por sus desmanes y excesos. El

abuso y el uso son cosas que no deben confundirse jamás; si para destruir aquél se debiera prohibir éste, apenas existiera nada sobre la tierra. ¿De qué no abusa el hombre? abusa de su entendimiento, de su voluntad, de todas sus potencias y facultades, de sus sentidos, de su cuerpo, de su fortuna, de su reputación, de sus relaciones, de todo cuanto le rodea: porque no hay mal que no se consume abusando del bien: hasta el blandir aleve acero que desgarrar un pecho inocente, es un abuso de la mano y de un metal; instrumentos preciosos que nos ha concedido el Criador para labrar nuestra dicha.

Si bien se observa, la prensa no es más que una manera de hablar: es una especie de lengua que sólo se diferencia de la común, en que suena más alto, se hace oír con más rapidez y universalidad, y deja consignado é indeleble para mucho tiempo todo lo que dice. Es una perfección del órgano que nos ha dado la naturaleza; es un suplemento á su debilidad, á su poco alcance, á la breve duración de sus sonidos; como lo es también la escritura, como lo son todos los signos de que el hombre se ha valido para extender y conservar su palabra; no siendo otra cosa que el más perfecto entre estos signos, una manera más perfecta de escribir y por tanto de hablar. La imprenta es á la escritura lo que son al dibujo el arte daguerreotípico, y todos los demás que tienen por objeto trasladar de un golpe al lienzo, al papel ú otra tabla cualquiera, lo que la mano del dibujante no podría hacer sino con mucha lentitud y procediendo por partes.

Con estas observaciones se deja en claro el mérito que encierran las declamaciones que en pro y en contra de la prensa se están oyendo todos los días: es un hecho como los demás que existen en el mundo; es un bien cuyo abuso constituye un mal; si por esta razón se intenta condenarla, condénense la pintura, la escultura, la poesía, la música; condénense todas las ciencias, todas las artes; condénense el cuerpo del hombre, sus sentidos, su voluntad, su entendimiento, su espíritu inmortal; condénese



todo cuanto hay más respetable, más santo, más augusto sobre la tierra; pues que desgraciadamente el hombre de todo abusa. Se habla de inconvenientes: ¿y dónde no existen? se lamentan los males; ¿cuántas cosas hay que no los acarreen directa ó indirectamente, cuando no sea por otra causa, por la manera con que de ellas nos valemos? El lenguaje cuyo auxiliar es la prensa, á la par de sus buenos efectos ¿no los produce también malos, y de trascendencia incalculable? ¿han podido olvidarse los proverbios en que la sabiduría de la experiencia ha compendiado el bien y el mal que hace la lengua, según el modo con que la empleamos?

Se habla mucho de esta *lepra de las sociedades modernas*, de ese *elemento disolvente*, usándose á cada paso expresiones semejantes. Reconocemos como el que más, los daños acarreados á las sociedades modernas por ese instrumento terrible, por ese formidable agente, órgano del entendimiento, é imagen de su inmensa actividad, de su fuerza expansiva, de su increíble rapidez; pero tampoco podemos echar en olvido los bienes de que le son deudores las ciencias, las artes, la sociedad, la religión misma. Así miramos como un singular favor del cielo la sublime inspiración que tantos beneficios nos trajera; estando de acuerdo sobre este particular con el gran papa León X en el concilio de Letrán celebrado en 1515. cuando proponiéndose remediar y precaver los males acarreados por la prensa ya en aquella sazón, tributaba no obstante los mayores elogios al sublime descubrimiento, mirándole como un favor particular del cielo: *ars imprimendi libros, temporibus potissimum nostris, divino favente numine, inventa, seu aucta et perpolitata, plurima mortalibus attulerit commoda*, etc. Es notable que ya en aquella época, aun antes de la aparición del protestantismo, y cuando el arte de imprimir estaba todavía tan próximo á su cuna, se cometían notables y numerosos excesos, que la autoridad apostólica se ve precisada á reprimir. En diversas partes se publicaban *libros en omidia latino y vulgar, ya originales, ya traducidos del griego,*

*del hebreo, del arábigo, del caldeo, en los que se propagaban errores y perniciosos dogmas, contrarios á la religión cristiana, y lo que es todavía más particular, se dirigian ataques contra las personas aun las más condecoradas por su elevada dignidad; resultando de esto grandes errores en la fe, y en la vida y costumbres, originándose repetidos escándalos, cuya gravedad enseñaba ya la experiencia, y temiéndose para en adelante otros mayores. Ya entonces se recelaba que una invención saludable, destinada á la gloria de Dios, al robustecimiento de la fe, y á la propagación de las buenas artes; no sirviese para todo lo contrario, dañando á la salud de los fieles, haciendo crecer espinas junto con las semillas buenas, y mezclando el veneno con la medicina. No cabe apreciar con más pulso, con más prudencia, los efectos buenos y malos de la prensa; no cabe más moderación en distinguir el abuso del uso, y en reconocer en el descubrimiento un gran beneficio de la Providencia, á pesar de la manera dañosa con que de él se servía la malicia de algunos hombres.*

Recordamos con mucho placer las graves sentencias de aquel Sumo Pontífice, para que se vea que la cuestión de la prensa es ya muy antigua, para hacer notar que lo que han dicho posteriormente de más grave y juicioso los publicistas y legisladores, lo había compendiado en pocas palabras mucho antes que ellos un Papa, y al mismo tiempo para evidenciar cuánta prudencia, cuánta previsión manifestaron en este negocio los Romanos Pontífices. Es por cierto muy curioso é interesante el ver ahora cómo luchan con la agobiadora dificultad los mismos que mirarán tal vez como horribles atentados contra la libertad humana, las providencias de los Papas en que se procuraba contener el abuso de esta arma terrible, poniéndole algunas limitaciones para que no atacase la fe, no corrompiese las costumbres, y respetase el decoro de las personas constituidas en dignidad. Ya en aquellos tiempos el mal era mucho y el peligro mayor; ya desde entonces la Cátedra de San Pedro, depositaria de la verdad, y vigilante atalaya de los más sagrados intereses de las naciones, las amonestaba



de los riesgos que consigo traeria esta invención en los siglos futuros (1).

(1) Hemos presentado ya las sentencias del citado Papa; pero deseosos que los lectores se formen clara idea de la prudencia, moderación y previsión que encierra el indicado documento, transcribiremos original su preámbulo.

LEO X. IN CONCILIO LATERANENSI.

Inter sollicitudines nostris humeris incumbentes, perpetua cura revolvimus, ut errantes in viam veritatis reducere, ipsosque lucri facere Deo (sua nobis cooperante gratia) valeamus; hoc est quod profecto desideranter exquirimus, ad id nostrae mentis sedulo destinamus affectum, ac circa illud studiosa diligentia vigilamus. Sanè licet litterarum peritia per librorum lectionem possit faciliter obtineri, ac ars imprimendi libros, temporibus potissimum nostris, divino favente numine, inventa seu aucta et perpolita, plurima mortalibus attulerit commoda, cum parva impensa copia librorum maxima habeatur, quibus ingenia ad litterarum studia, et viri eruditi in omnium linguarum genere, praesertim autem catholici, quibus Sanctam Romanam Ecclesiam abundare affectamus, facile evadere possunt, qui etiam infideles sciant et valeant sacris institutis instruere, fideliumque collegio, per doctrinam christianae fidei salubriter aggregare: quia tamen multorum querela nostrum et sedis apostolicae pulsavit auditum, quod nonnulli hujus artis imprimendi magistri, in diversis mundi partibus, libros, tam Graecae, Hebraicae, Arabicae et Caldae, linguarum in latinum translatos, quam alios latino, ac vulgari sermone editos, errores etiam in fide, ac perniciosas dogmata, etiam Religioni Christianae contraria, aut contra formam personarum, etiam dignitate fulgentium continentes, imprimere, ac publice vendere praesumunt, ex quorum lectione non solum legentes non aedificantur, sed in maximos potius tam in fide, quam in vita et moribus prolabantur errores, unde varia saepe scandala (prout experientia rerum magistra docuit) exorta fuerunt et majora in dies exoriri formidantur. Nos itaque, ne id, quod ad Dei gloriam et fidei argumentum, ac bonarum artium propagationem, salubriter est inventum, in contrarium convertatur, ac Christi fidelium salutem detrimentum pariat, super librorum impressione curam nostram habendam fore duximus, ac de caetero cum bonis seminibus spinæ coalescant vel medicinis venena intermisceantur.

La acción de la imprenta se ha extendido á todos los órdenes, ha obrado en los sentidos más diferentes, no siendo posible señalar ninguna institución sobre la cual no haya ejercido notable influencia. La religión, la sociedad, la política, las ciencias, la literatura, las bellas artes, todo se ha resentido de la portentosa invención; todo tiene mucho que agradecerle, y no poco de que acusarla. Mas por lo mismo que la acción del nuevo agente era tan universal y eficaz, que necesario es resignarse á encontrar el bien al lado del mal: el mismo sol que alumbra, fecunda y embellece la tierra, agosta con sus ardores las campiñas, corrompe las lagunas, y levantando exhalaciones pestilentes, siembra la desolación y la muerte por extendidas comarcas.

Mucho tiene que lamentarse la religión, pero en cambio, no poco de qué alegrarse; pues si bien es verdad que la imprenta ha servido para difundir los errores, y preparar esa era de incredulidad y escepticismo que nosotros alcanzamos; también lo es, que la ciencia religiosa se ha levantado á un punto á que de otra manera le fuera difícil llegar; y que la misma contradicción que ha sufrido la fe católica, ha hecho que se demostrase la solidez de sus fundamentos con una evidencia, con un caudal de erudición y de saber, que sin el poderoso vehiculo de la imprenta quizás no se hubiera logrado. Sin este auxiliar, ¿cómo sería posible que disfrutásemos de esa muchedumbre de ediciones de la Biblia, hebreas, caldaicas, siriacas, griegas, y en tantos otros idiomas? ¿cómo sería dable que los sabios tuviesen á la mano aquellos riquísimos depósitos, que todos contribuyen á manifestar la verdad de nuestra santa religión, su augusta antigüedad, y los demás títulos que la acreditan de divina? ¿y las innumerables paráfrasis, y las interpretaciones, y los comentarios, y tantos trabajos como se han hecho sobre el sagrado texto por los Santos Padres y Doctores eclesiásticos? ¿cómo se hubieran podido generalizar, y muchos de ellos, ni tal vez conservar, sin el socorro de la imprenta? ¿y qué diremos de las ediciones